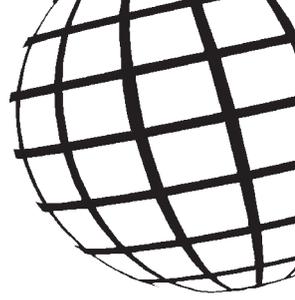




Reflexiones



Otra globalización

Archibaldo Lanús*

La globalización es uno de los últimos avatares del Siglo XX. Sus efectos sobre los Estados, la sociedad transnacional, la conciencia que desarrollará el ser humano y el funcionamiento del sistema de intercambios mundiales son todavía una conjetura.

La globalización ha puesto en duda algunos paradigmas clásicos de la teoría política y económica en lo que concierne al rol del Estado y de la soberanía, la economía nacional y la competitividad internacional de las naciones. La vida social ha quedado afectada por este fenómeno, que no es nuevo en la historia de la humanidad. Hubo anteriores globalizaciones, o mundializaciones, como prefieren llamar a este fenómeno los franceses.

Este mundo, después de la crisis financiera de 2008, se ha transformado en una estructura compleja y plural. La globalización, un fenómeno que ha transformado la vida de los Estados y del individuo, no fue previsto por analistas o futurólogos. El historiador británico **Eric Hobsbawm** dice que la globalización *“ha avanzado en casi todos los sentidos —económicamente, tecnológicamente, culturalmente y aun lingüísticamente—, excepto en uno: política y militarmente, los Estados territoriales continúan manteniendo la única autoridad efectiva”*.

El concepto de globalización o mundialización como lo definían los franceses es nuevo en su sentido semántico pues, como lo afirma **Hobsbawm**, el concepto de “un mundo” (One World) no existía antes del Siglo XIX. En 1870 Jules Verne se percató de que era posible hacer un viaje alrededor del mundo en 80 días, al ver un aviso en el diario *Le Soir*. De allí surge la inspiración para su famoso libro. Se dice que la palabra “globalización” apareció por primera vez en el *Harper’s Magazine*, en un artículo de 1892 que se refería a las ambiciones globales que tenían el Conde Francés de Vogüé, en materia de letras y viajes. El primer viaje comercial alrededor del mundo de alcance de personas privadas la ofreció en 1922 la Compañía Cunard en el

* Embajador y escritor argentino.

Crucero Laconia, que partió del puerto de Nueva York con 2.200 pasajeros con una ruta que incluía 22 escalas.

Muchas son las definiciones que se han dado a este fenómeno que transformó la relación entre los Estados y que, sin duda, continuará profundizándose en el siglo XXI.

Manfred Steger, profesor de la Illinois State University, lo ve como *“un conjunto multidimensional de procesos que crea, multiplica, estrecha e intensifica a escala mundial las interdependencias e intercambios...”* Por su parte, **Paul Krugman** nos habla de los *“vínculos crecientes entre los mercados financieros en diferentes países, y las muchas otras maneras por las que el mundo se está transformando en un lugar más pequeño”*.

El norteamericano **Anthony Giddens** define, por su parte, la globalización como *“la intensificación mundial de las relaciones sociales que vinculan realidades distantes de tal forma que los acontecimientos locales están modelados por hechos que ocurren a muchas millas de distancia y viceversa”*.

El brasileño **Celso Lafer** afirma que *“no existen más lugares que puedan vivir en efectivo aislamiento. El mundo se internacionaliza en la vida de los países. La internacionalización de la máquina del mundo en la vida de los países –continúa Lafer– modificó con renovada profundidad la manera como el espacio y el tiempo penetran en el cotidiano de la personas”*.

Para comprender la naturaleza del fenómeno de globalización instalado a fines del siglo XX es necesario diferenciar su identidad de las anteriores experiencias históricas.

Globalizaciones anteriores

Hay tres periodos de la historia universal en los que podría identificarse que hubo circunstancias parecidas con lo que hoy llamamos globalización: la antigüedad romana, el tiempo de la formación de grandes imperios que se inaugura en 1492 y subsiste hasta fines del Siglo XVIII; y la globalización de la segunda mitad del siglo XIX, que clausura la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, como bien lo señala **Jacques Pirenne**, en todas las épocas históricas hubo sociedades abiertas y sociedades cerradas. Entre las primeras puede citarse Grecia, Fenicia, el Islam en los primeros siglos, las ciudades italianas y en general todas las sociedades europeas que se abren a partir del Siglo XI. Entre las cerradas puede recordarse a la Persia antigua, y los reinos del Medioevo europeo.

1. El historiador **Jacques Ferdinand Braudel** analizó la velocidad de la comunicación, en el espacio que llama *“economía mundo”* y construyó el Imperio Romano. Afirmó que ese enorme espacio que se extendía desde las Columnas de Hércules –el estrecho que separa Europa del África– hasta las fronteras del reino de Pathos en el Asia, y desde la desembocadura del Rin

a la franja del desierto africano en el sur, podía recorrerse en aproximadamente en 40 o 50 días utilizando los mejores medios de transporte. **Braudel** comprobó que toda actividad se enfrenta con la resistencia del espacio, pero afirmó que las plazas comerciales eran los motores decisivos de la vida económica porque “*rompen la hostilidad del espacio*”. Ese gran espacio que se formó alrededor del Mediterráneo y se desintegra alrededor del siglo IV con la emergencia en Europa del feudalismo puede ser considerado el primer antecedente de la globalización.

2. Todos los historiadores están de acuerdo en que la primera globalización –semejante a la que vivimos en la actualidad– fue la que tuvo lugar entre comienzos del S. XVI y el año 1800.

La llegada de Colón a la isla de Guamanani en 1492 incorpora a la historia universal esa “*cuarta parte del mundo*”, que anunció Séneca en Medea: “*Tetis revelará un nuevo mundo y Tules no será más la última de las tierras*”.

La monarquía española construye su imperio sobre la conquista y posterior colonización de vastos territorios americanos. Posteriormente, el reino de Portugal, con sus posesiones americanas y africanas, e Inglaterra, con sus colonias en América del Norte, integrarán sus dominios al espacio globalizado.

Si bien China en nada era inferior a Europa en el S. XVI, es este último continente el que inicia la expansión. A fines del S. XVI la economía mundo europea abarcaba el noroeste de Europa, el mundo cristiano mediterráneo, y las regiones de América controladas por la administración española y portuguesa.

Es la época de los viajes transatlánticos de las galeras, de la expansión del comercio entre los puertos de Europa y Oriente, del sistema de las “*galera de mercato*” desarrollado en Venecia, negocio en el que participaban a riesgo varios inversores; en fin, es el tiempo de la creación en Holanda e Inglaterra, durante el S. XVII, de las Compañías de Indias que provoca un colosal desarrollo de los intercambios internacionales. Venecia era un “*dragón del comercio internacional*”, se podría decir un “*bussiness school*”, y sus barcos recorrían los mares desde el Océano Índico al Báltico. La China de los S. XVI y XVII era por su lado un gran exportador de productos manufacturados. La extraordinaria expansión hacia el exterior del Hansa flamenca, con su emblema “*Luctor et emergo*” (Lucho y salgo a flote) en el S. XVIII, así como la experiencia de Inglaterra o de Francia, son ejemplos que muestran la existencia desde hace siglos de verdaderas formas de globalización.

La estabilidad, las reglas de juego y el impulso de esta globalización estaban en manos de los Estados. Entre los historiadores existen opiniones antagónicas sobre si la “*economía-mundo*” suponía el capitalismo o si el mercado era independiente del capitalismo. **Imanuel Wallerstein**, que ha estudiado en profundidad la globalización que tuvo lugar a partir del S. XVI, sostiene que “**el capitalismo no es posible sin el marco de una economía-**

mundo...”. “*Hemos señalado –dice en su libro *El sistema del mundo desde el S. XV a nuestros días– que la economía-mundo es y no puede ser otra cosa que capitalista*”. **Braudel** sostiene lo contrario de **Wallerstein**. En su opinión la economía de mercado (la división del trabajo y los intercambios) es bien anterior que el capitalismo, se constituye cuando aparece sobre el mercado un anti-mercado (el poder político). Por ello **Braudel** niega validez a la ecuación capitalismo = mercado. El mercado, según este autor, existió mucho antes que el capitalismo .*

Por su parte, **Wallerstein** opina que la globalización se constituyó sobre una división del trabajo a escala mundial en la cual diversas zonas tuvieron roles específicos (diferentes modos de controlar el trabajo). Considera que la división de la economía-mundo implica una jerarquía de tareas profesionales, las cuales exigen mayor grado de especialización. Los más fuertes capitales están reservados a las zonas de primer rango: “*Como una economía-mundo capitalista retribuye en prioridad la acumulación de capital frente a la fuerza de trabajo bruta, la desigualdad de la distribución geográfica de competencias profesionales tiene una fuerte tendencia a perpetuarse en sí misma*”. Es por ello, sostiene este autor, que la economía-mundo se divide entre “*Estados centrales y zonas periféricas*”.

Esta globalización de la modernidad, que se inicia con la llegada de los españoles a América, está sustentada en los descubrimientos, la expansión del comercio impulsada por las Compañías de Indias, y la gran mutación de la comunicación de las ideas que introduce la creación del “*libro portable*” inventado por Aldo Manucio en Venecia a principios del S. XVI. Venecia, luego Amberes (S. XVI) y más tarde Ámsterdam (S. XVIII), fueron los grandes centros de la colosal expansión del comercio internacional. Los historiadores señalan que por Venecia, entre oro y mercadería, pasaba un comercio cuyo valor era superior, a principios del S. XVI, a los presupuestos de España, Francia e Inglaterra reunidos.

3. El proceso de globalización que tiene lugar desde mediados del S. XIX hasta la Primera Guerra Mundial o la crisis de 1930 se instala teniendo como país dominante al Reino Unido. A este proceso de globalización se le llama corrientemente, el de la *Belle Epoque*.

Las “*Corn Law*” (Leyes del Trigo) de 1815 que siguieron a varias formas de proteccionismo que se expandió en Inglaterra desde el S. XVII, fueron suprimidas en 1846, año que marca el hito inicial del Libre Cambio y comienzo de un nuevo proceso de globalización.

Esta globalización de la *Belle Epoque* es un proceso que se instala en todo el mundo impulsado por una liberalización de los mercados, un acelerado aumento de las inversiones transnacionales, y un masivo movimiento de poblaciones que migran de Europa hacia América. Este periodo está caracterizado por un orden liberal y de expansión de las potencias coloniales europeas. Al principio del S. XIX, solo un 10 % del territorio del África

está sujeto a un poder colonial mientras que a fines del mismo siglo apenas el 10 % del territorio africano sigue siendo independiente de alguna potencia europea y de la preeminencia económica, cultural y política de Inglaterra. Este mundo donde se podía transitar sin obstáculos está caracterizado por Phileas Fogg, el personaje de Julio Verne, en su novela *La vuelta al mundo en 80 días*, quien puede viajar por el mundo, atravesar fronteras solo presentando su carta de visita. Las ideas económicas de ese mundo abierto habían sido ya propuestas por **Adam Smith** en su *Riqueza de las Naciones*, publicado en 1776.

La Argentina y la mayoría de los países de América Latina adoptaron políticas compatibles con este mundo abierto, no obstante hacer frente a sucesivas crisis.

El impulso al capitalismo y el mito del progreso, consagrado por **Napoleón III**, hizo de la globalización de la *Belle Époque*, optimista, materialista y cosmopolita, una etapa de gran expansión económica luego que Gran Bretaña levantara las restricciones que pesaban sobre el comercio de cereales.

La Primera Guerra Mundial (IGM) disloca la economía mundial abierta y liberal que había funcionado bajo la influencia económica de Gran Bretaña. El orden global que prevaleció hasta 1914 brindó excepcionales beneficios a la Argentina por la significativa afluencia de inversiones extranjeras, por la demanda creciente de sus productos, y por la decisiva influencia del aporte de inmigrantes atraídos por un país que suscitaba admiración gracias a sus logros y confianza en su futuro. Hasta 1914, Gran Bretaña había sido el centro hegemónico, y Londres, la gran city financiera con la cual la Argentina tenía estrechas relaciones.

A pesar de los esfuerzos por reconstruir aquel orden de la *Belle Époque*, las mayores potencias económicas no logran rehabilitar su confianza en los principios que habían permitido el gran auge de las políticas liberales. Los principales países abandonaron el patrón oro entre 1914 y 1917, y cuando por corto tiempo algunos Estados lo restablecieron a fines de la década de los años 20, la crisis de 1929 echó por tierra los últimos vestigios de la “*economía-mundo*” para inaugurar la nueva era del proteccionismo y del intervencionismo creciente del Estado.

Gran Bretaña dejó de ser el gran banquero del sistema, su capacidad de prestar disminuyó y, junto con Estados Unidos y Francia, formaron un nuevo núcleo, pero a diferencia de lo que había sucedido antes de la IGM, sus políticas estaban en desarmonía y los intereses internos de inclinación “*mercantilista*” prevalecieron por sobre el interés global del sistema económico.

La IGM echó por tierra las bases del proceso de globalización y la historia ha transformado el “crack” de la Bolsa de Nueva York de octubre de 1929 en un hito divisorio de aguas.

Sin embargo, lo que a mi juicio clausura el proceso de globalización de la *Belle Époque* fueron dos fenómenos que tienen lugar como consecuencia de

políticas adoptadas por las potencias de la postguerra: el aumento de las tarifas aduaneras de los grandes mercados importadores y el intervencionismo del Estado en la economía.

El proteccionismo empieza en Estados Unidos a principios de la década del veinte. Las tarifas promedio de ese país alcanzaban ya en 1811 el 38,5% —en Rusia casi lo mismo—, mientras que en Alemania, Francia y Gran Bretaña eran menores al 10 %. En 1921 y 1922 las Leyes de Comercio de EEUU (Emergency Tariff Act) establecen un aumento de las tarifas sobre la importación de productos agrícolas al mercado de ese país, que en algunos casos llegan a ser prohibitivas cuando en 1926 EEUU suspende las importaciones de carnes. Finalmente, en julio de 1930 la Ley de Aduanas Smoot-Hawley, aprobada por un Congreso displicente hacia todos los reclamos, asestó el más duro golpe al sistema librecambista. A partir de esa ley, calificada como una de las más proteccionistas de la historia de EEUU, las tarifas *ad valorem* eran, para muchos productos, superiores al 50 %. Otra amenaza al sistema global fue el cambio de la política de Gran Bretaña con motivo de la crisis. El imperio empezaba a imponerle condiciones a Londres. Canadá, la India y Australia pretendían preferencias.

El 16 de noviembre de 1931 se sanciona la Abnormal Importation Act (Costum Duties), que por seis meses, y “*no más*”, autoriza a imponer derechos de aduanas con el fin de proteger a la industria. Dentro de la Abnormal Importation Act se crean (20 de noviembre) derechos del 50% para numerosos productos manufacturados. A mediados de diciembre se acepta el principio de un sistema de cuotas para el trigo procedente de las posesiones británicas de ultramar. El 26 de noviembre el Ministro de Agricultura, ante los Comunes, pide la adopción definitiva del sistema de cuotas.

Un año después la Conferencia Imperial de Ottawa estableció un sistema de preferencias para las relaciones comerciales entre Gran Bretaña y los países que componían la Comunidad Británica de Naciones, llamadas Commonwealth. La globalización de la *Belle Epoque* iniciada en 1846 había muerto.

Al cerramiento de las economías nacionales sobrevino lo que se configuró como el intervencionismo del Estado en la economía. Se llamó New Deal en los Estados Unidos y el Consenso de Beveridge en Gran Bretaña. El mundo abierto no pudo restablecerse después de la Segunda Guerra Mundial, pues el proteccionismo y las barreras aduaneras continuaron aún con posterioridad a la sanción de la Carta de San Francisco y de los Acuerdos de Bretton Woods.

El proceso actual

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial (IIGM) el orden económico multilateral de la postguerra, que quedó definido en lo monetario por los acuerdos de Bretton Woods y en lo comercial por el GATT (Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio), si bien definía como reglas centrales la libre convertibilidad de las monedas y tasas fijas de cambio basadas en el patrón dólar, y, en el orden de los intercambios, la paulatina liberalización del comercio, de hecho se aplicó sobre un conjunto de Estados que mantenían las políticas proteccionistas y de control heredadas de la década del treinta y de la Segunda Guerra Mundial.

En lo monetario, la puesta en práctica de las reglas sancionadas por los Acuerdos de Bretton Woods fue lenta y podría decirse que recién en 1959 una mayoría de Estados aceptan la convertibilidad de sus monedas. Se calcula que el nivel promedio de las tarifas era aproximadamente el 40 % al finalizar la Segunda Guerra Mundial, resultado de las restricciones que generó el conflicto, de las políticas proteccionistas y del bilateralismo que caracterizó el periodo precedente. El proceso de reducción de tarifas y supresión de obstáculos no tarifarios tuvo lugar lentamente a partir de 1947, a través del mecanismo de las ruedas de negociaciones comerciales que estableció el GATT y de decisiones unilaterales de los gobiernos. Hubo siete ruedas de negociaciones tarifarias entre 1947 y 1979, que llevaron los aranceles promedio al 6% aproximadamente al momento de iniciarse la Rueda Uruguay en 1986. Desde 1950 a 1994, siempre el comercio creció más que el producto bruto mundial –6% contra 4% del PB mundial–, por lo tanto hubo un movimiento paulatino hacia una mayor integración de las economías nacionales.

Sin embargo, el nuevo proceso de globalización que se inicia hacia la década del ochenta del siglo pasado no es el resultado de decisiones gubernamentales ni de las disciplinas definidas por acuerdos internacionales, sino que está promovido por dos factores diferentes de aquellos que impulsaron las anteriores globalizaciones: la revolución tecnológica en las comunicaciones y computadoras, y en decisiones adoptadas por actores privados. Los gobiernos adoptan decisiones que acompañan el impulso de los actores privados. Ni la caída del Muro de Berlín, ni la globalización que actualmente vivimos fueron anticipadas. Esta globalización tiene, sin duda, características nuevas y diferentes a las de la “*economía-mundo*” estudiada por **Braudel** y **Wallerstein**. No se trataba solamente del restablecimiento de la situación existente antes de la IGM.

Los factores que impulsan este proceso hacia la economía global son de orden político, económico y sobre todo tecnológico. No se inscriben simplemente en el marco del triunfo político del liberalismo, como lo afirma **Francis Fukuyama** al declarar “*El fin de la historia*”, sino en transformaciones empí-

ricas y técnicas. Si la liberalización de los movimientos de bienes y servicios ha jugado un gran rol es, sin duda, un producto de decisiones gubernamentales; los fenómenos que constituyen un motor decisivo para este proceso son de carácter no gubernamental: la gran novedad del proceso actual es su soporte tecnológico, la revolución de las comunicaciones y el hecho de que esté impulsada por actores privados. Los Estados convalidan y acompañan lo que podría llamarse por muchas razones una “*Nueva Era*”, o un nuevo estadio de la civilización.

Los inventos que posibilitaron esta nueva era (que alguien llamó de la “*conectividad*”) son el Internet (creado por **Vinton Cerf** y **Robert Kahn**) y la World Wide Web, espacio abstracto de información (inventado por **Tim Berners Lee**).

Thomas Friedman escribe *The world is flat* (El mundo es chato), para señalar la facilidad de las conexiones en un escenario donde muchos obstáculos tradicionales han desaparecido. Mientras la primera globalización fue impulsada por los Estados (S. XVI a XVII) y la segunda por los mercados y la revolución industrial (vertical) a partir de la década del 80 y 90, los actores de la tercera son los individuos, pues son los individuos y empresas quienes compiten y colaboran globalmente (horizontal).

La revolución en la tecnología de las comunicaciones ha jugado un rol central en la configuración de este nuevo proceso de globalización: las computadoras se han transformado en una fuerza pluralizadora que fomenta la formación de un mercado libre más que la centralización del poder, contrariamente a lo que habían anunciado en la década del '50 **Aldous Huxley** y **George Orwell** (en sus famosos libros, *Un mundo feliz* y *1984*). Ni la China ni el Imperio Soviético han podido resistir los efectos sociales de la difusión de nuevas posibilidades de comunicación, de la inteligencia artificial, del establecimiento de redes. Nadie ha podido pronosticar su impacto sobre la producción, el empleo y el comportamiento social. La novedad de la numerización, especie de ADN de la información, que permite codificar y descodificar cualquier secuencia de ceros y de unos es lo que equivale, para **Nicolás Negroponte**, a una transformación de átomos en electrones. El “*byte*” es el nuevo universo del lenguaje planetario cuyo viaje es casi indetectable y cuesta prácticamente nada.

En la actualidad podríamos afirmar que el tiempo ha vencido al espacio, y que la comunicación ha abolido el peso de la geografía. Vivimos hoy nuevas circunstancias que son sin duda consecuencias de este fenómeno. Veamos algunas:

La erosión del Estado-Nación y de su correlato, la Soberanía

La erosión del Estado-Nación ha cambiado una de las premisas fundamentales de la teoría política desarrollada a partir del S. XVII, cuyo ingrediente

central era el concepto de Soberanía. Asistimos ahora a la finalización del orden de Westfalia (1648), que consagró lo que algunos designan como la concepción “*Estado deísta*”, cuya expresión última es el Estado-Providencia.

El Estado ha dejado de ser el único centro de poder. En razón de los imperativos de la actividad económica, éste debe hoy limitar el peso fiscal de su costo social para adaptarse en una competición regional y global. El concepto tradicional de Soberanía, que definía “*Ratione Materiae*” un afuera y un adentro, está relativizado, lo mismo que la capacidad de los gobiernos de influir sobre los mercados con el objeto de defender un espacio económico nacional. Más aún, las conductas de los Estados son evaluadas por los mercados y por los ciudadanos. Calificadoras privadas establecen índices que evalúan las conductas y políticas de los gobiernos (Transparency establece índices de corrupción; hay calificadoras de conducta ecológica, derechos humanos, libertad de prensa, etc.). Por otra parte, las negociaciones diplomáticas cubren temas que estaban reservados, hace 30 años, al dominio interior exclusivo y, salvo en las sociedades llamadas primitivas o muy reducidas, la sociedad civil juega un papel nunca imaginado.

Es evidente que las competencias y el rol que tiene o se espera del Estado están cambiando con respecto a las concepciones vigentes, por lo menos en lo que va del S. XX. Algunos, como **Kenichi Ohmae**, a la nueva situación del Estado la denominan “*Estado post Nacional*”; otros autores utilizan los términos de “*Post soberano*”. Hay quienes afirman que la única verdadera soberanía que conserva el Estado es la externa. **Jean-Marie Guehenno**, hace más de una década habló del “*Fin del Estado-Nación*”. A pesar de estos pronósticos, observamos que en la realidad hay cada vez más Estados.

En general presenciamos lo que **John Gray**, profesor de Política en Oxford University, en su libro *Falso Amanecer*, afirma al sostener que hay “*un derrame de poder*” que afecta tanto a los Estados como a las grandes corporaciones. Los Estados no desaparecerán, pero tendrán otra función de mediación. Esta cuestión de la transformación del rol del Estado lo analizaremos separadamente puesto que es fruto no solamente de la globalización sino de otras causas que han transformado la vida social.

La mundialización de las finanzas

La globalización de las finanzas, fruto de las políticas gubernamentales y de la utilización de facilidades tecnológicas de comunicación, ha reducido fuertemente la influencia de las decisiones gubernamentales en lo que se refiere a las políticas económicas. El fenómeno es sorprendente: se realizan más de 2 billones de dólares cotidianos de transacciones financieras internacionales, de las cuales las cuatro quintas partes son arbitrajes monetarios y especulaciones. Esta cifra anualizada equivale a más de cien veces el comercio internacional de bienes. Puede observarse a través del mundo la emergencia de

una masa colosal de ahorro, administrada por instituciones y fondos privados de inversión que escapan al control de los gobiernos.

Este proceso de integración de los mercados nacionales asegurados por cientos de miles de operadores ligados por computadoras ha sido completado, a fines del siglo pasado, en tres etapas: aparición de los mercados del euro dólar en los años sesenta, la supresión de los controles al movimiento de capitales decidida por **Paul Walker** a la cabeza de la Reserva Federal, y la apertura y desregulación de las bolsas y mercados de obligaciones cuyo “*big bang*” ocurre en la City de Londres en 1986. Esta situación, en el contexto del abandono generalizado de las reglas de Bretton Woods, tiene dos consecuencias:

- a. Los Estados ya no deciden o pueden decidir poco sobre el valor de sus monedas.
- b. Se ha formado un enorme mercado de colocaciones manejado por inversores institucionales (Fondos de Pensión, Fondos Comunes y Compañías de Seguros) que escapa al control estatal.

La desregularización financiera adoptada por EEUU y el R.U. entre 1979 y 1982, seguido por los otros países industriales, ha transformado el sistema financiero internacional. Éste, a partir de los años ochenta del siglo pasado, tiene, según **Francois Chesnais**, tres características: 1) Es fuertemente jerarquizado (EEUU); 2) Carece de instancias de supervisión y control; 3) La unidad del mercado está asegurada por operadores financieros que han integrado los mercados nacionales en tiempo real. Solo una ínfima parte de las transacciones diarias corresponden a un flujo real de bienes y servicios.

Sin duda, los déficits públicos de los países industriales han alimentado el mercado primario de títulos públicos, acelerando en forma vertiginosa las transacciones y los stocks.

La mundialización de los movimientos de capitales ha provocado un fenómeno nuevo y es que las inversiones en portafolio muy rápidamente superan las inversiones directas. Mientras entre 1976 y 1980 las primeras eran 26.5 mil millones de dólares por año y las segundas 39.5 mil millones, en 1993 esos flujos son 620,5 mil millones de dólares de inversiones de portafolio contra 173 mil millones de inversiones directas.

John Gray opinaba en la década del noventa del siglo pasado que los mercados mundiales de títulos funcionaban miméticamente como el “*Patrón Oro*”. Afirmaba que el mecanismo del patrón oro “*ha sido reemplazado por las reglas que rigen un casino*”. El régimen de la democracia social solo podía funcionar, según **Gray**, en una economía cerrada.

Por su parte, **J. M. Keynes** había anticipado en su teoría económica que la movilidad internacional del capital financiero impediría las políticas de pleno empleo de los gobiernos nacionales.

El mercado aumenta su independencia frente al Estado

El Estado tiene como objetivo de su razón de ser la justicia, mientras que el mercado permite lograr la mejor distribución de los recursos. En la medida que la democracia como sistema nacional de gobierno solo logra la mejor distribución de recursos a nivel local, a escala internacional se enfrenta con la acción de otros Estados. Es decir que el poder político está fragmentado en más de una centena de Estados nacionales.

Contrariamente a esta realidad histórica, el mercado puede adquirir una dimensión internacional, que es aprovechada por la acción global de empresas nacionales y multinacionales.

Jacques Attali afirmó que existe el riesgo de que *“el mercado termine por privatizar el conjunto de las funciones del Estado y que progresivamente nos encontramos no solo con la libertad de comercio sino con la privatización de la educación, la salud, la justicia y la defensa...”* Mientras que el mercado tiene por su naturaleza una vocación mundial, la democracia es territorial. **Attali** afirma que el mercado puede transformarse un día *“en el peor enemigo de los Estados Unidos, que lo percibirán como una amenaza a su identidad nacional”*.

Sin duda la tensión entre el mercado y el Estado se da con mayor intensidad en el plano internacional, pero nada autoriza a pensar que en el futuro la globalización estará regida por las reglas del mercado autoajustable que se impondrá a la lógica de los intereses estatales. Más aún, **Karl Polany** sostiene que la idea de *“un mercado autorregulable implica una pura utopía, pues significaría afirmar que la civilización se modela desde una perspectiva económica”*. De ser así el triunfo del mercado sería la confirmación de un aspecto de la teoría de Karl Marx sobre el capitalismo. En el *Manifiesto Comunista* Marx había descripto al capitalismo como una fuerza que disolvería las identidades feudales, nacionales y religiosas dando lugar a una civilización universal formada por imperativos del mercado.

Este tema ha suscitado una gran controversia. **John Ralston Saul** afirma que, por una parte, la globalización parecería demostrar que la nación-Estado se está *“debilitando”* pero, por otro lado, *“dos docenas de naciones recién nacidas, llenas de energía y ambición con por lo menos un siglo de frustración, están funcionando y bien”*. **Saul** observa por otra parte que el globalismo *“es la afirmación según la cual la gestión del sector privado es la más eficiente manera de administrar una estructura frente a la gestión pública”*. En este caso la economía y no la política, ni la cultura, liderarían los acontecimientos. Como bien lo analiza **Saul**, si el poder *“estará en los mercados”* la *“historia morirá”*. Quiere decir que abandonamos uno de los propósitos que ha guiado la historia de la humanidad: la justicia.

Jacques Attali, por su parte, afirma lo siguiente: *“Si el mercado se transforma en global y si la democracia se mantiene local, tendremos una distri-*

bución eficaz pero menos justa, porque lo justo será local mientras que no puede ser verdaderamente justo si es mundial. Tendremos entonces una concentración extraordinaria de riqueza y un aumento del número de pobres". Esto nos llevaría necesariamente a la violencia. Estas ideas concuerdan con un juicio de **Pascal Lamy** cuando era Secretario General de la OMC: *"La Mundialización se desarrollará bien o mal según profese o no la democracia a nivel nacional, regional y global"*.

La difusión mundial de nuevos paradigmas sociales amenazan la cultura tradicional

El entretenimiento lúdico, el paradigma de la riqueza y el éxito rápido difundido por las redes de comunicación mundial como paradigma de un modelo social globalizado amenazan la cultura tradicional. La dinámica consumista de este proceso sobre los modelos sociales ha legitimado el desarrollo de un *"ego económico"* que se impone por sobre el valor que se asignaba al conocimiento, a la política o a la tradición. El poder económico se ha transformado en un factor determinante de la consideración y respetabilidad social en muchos países. En América Latina, salvo excepciones, *"los ricos"* forman una verdadera casta de privilegiados.

Existe un movimiento en expansión hacia la homogeneización de hábitos, pensamientos, anhelos colectivos y productos que amenaza no solo las culturas particulares sino la diversidad, que es la fuente de la creatividad humana. El desarraigo, una cultura de aeropuerto o de casino solo pueden empobrecer la vida humana. Y recordando a **Brezeznski**, este politólogo habla de la expansión de una cultura del *"tittytainment"*, *"light"*, no compleja, lúdica, para un ser humano perpetuamente joven, bello, en buena salud, deportivo, que consume productos de lujo, a veces virtuales.

Las actitudes culturales son con frecuencia masivas. En el estreno del *Hamlet* de Shakespeare hubo 1400 personas, el mundial de fútbol de 1999 lo vieron 2.2 mil millones de espectadores. El gigantismo y la concentración son fenómenos corrientes. Seis empresas dominan la industria de la música: Warner (USA), Bertelsman (Alemania), Sony (Japón), MCA (Japón) y Polygram (Holanda).

Es a partir de una cultura particular que el ser humano se expresa, realiza sus creaciones, concibe la vida y percibe al otro. No existe un hombre universal, de allí que la generalización de una *"cultura de aeropuerto"* altera las bases milenarias sobre las cuales se asentó el comportamiento humano, en lo individual o comunitario. Muchos interrogantes nos quedan para la reflexión.

El sistema internacional se impone sobre el poder nacional

Observamos la reducción de la autonomía del poder de los Estados, no solo

en materia de política macroeconómica, sino por el aumento de sus obligaciones internacionales y por la creciente penetración al interior de las fronteras de las normas internacionales, y el condicionamiento de su libertad legislativa nacional por la trama de compromisos asumidos en el sistema multilateral a través del proceso de negociación diplomática internacional (Acuerdo de Marrakech, armamentos, DD HH, reglas de competitividad, etc). Hay una disminución del espacio de lo público a favor de lo privado: instituciones de la sociedad civil influidas por sus valores, juzgan a los Estados y miden sus comportamientos (Bench Marking, DD.HH., transparencia, ecología, riesgo económico, etc.).

En general, se podría afirmar que la reinstalación del proceso de globalización ha derribado el paradigma del borde: el tiempo le ganó al espacio. Las fronteras –físicas y políticas–, lo que los romanos llamaban “*limes*”, tienen mucho menor relevancia sobre todo en lo que hace a las comunicaciones, transferencia de conocimientos, intercambio de servicios, movimientos financieros, etc. La revolución tecnológica ha instaurado entre un gran número de habitantes del planeta lo que podría llamarse un “*intimismo social*”.

La nueva globalización no tiene centro económico ni político

Finalmente, cabe un comentario sobre las diferencias entre el actual sistema global y el que regía antes de la IGM.

A diferencia de lo que ocurrió con el sistema global en la *Belle Époque*, el que actualmente se consolida no tiene una verdadera potencia hegemónica, como lo fue Gran Bretaña en el siglo XIX, que controlaba prácticamente todo el planeta. O, si se quiere, el sistema es mucho más descentralizado que cuando, en 1919, **Woodrow Wilson, Lloyd Georges y Georges Clemenceau** ejercían su dominio e influencia sobre todo el mundo. Mi opinión es que nos encaminamos hacia un mundo multipolar. El fin de la Guerra Fría no es solamente el término de una confrontación estratégica e ideológica, sino el fin de la influencia dominante de Europa y de su principal producto ideológico moderno: la “*Filosofía de las luces*”.

Esta gran mutación que presenciamos a principios del S. XXI nos deja perplejos. Mientras los gobiernos de los países más poderosos en lo que hace a su capacidad militar (por ejemplo, EEUU) encuentran dificultades en hacer valer el peso de su poder, grupos delictivos no estatales ponen en jaque la seguridad de los Estados y poblaciones, usando de las facilidades que les concede la tecnología de punta. Mientras el espíritu científico y la ética laica se consolidan en el mundo, grupos religiosos fanáticos llegan al sacrificio de la vida de sus miembros para difundir sus ideas.

La erosión del Estado-Nación y la pérdida de prestigio de las utopías colectivas ha favorecido la emergencia del individuo y las redes sociales, lo “*público*” cede lugar a lo “*privado*”. La autoridad de los gobiernos ha perdido

terreno frente a las fuerzas del mercado, erráticas y globalizadas. A pesar de las numerosas opiniones que afirman la existencia de un centro planificador e inteligente que definiría las estrategias de dominación y control de los grandes del poder y del capital, considero que, no obstante el aumento de las diferencias entre los actores políticos y económicos, el mundo está más descentralizado y abierto que en los últimos tres siglos.

Hacia dónde vamos

¿Cuál es el futuro de este proceso? Hay puntos de vista contrastados. Existe una vasta literatura, particularmente en Francia y Alemania, donde se afirma que la globalización es peligrosa, que es una amenaza para el mercado del trabajo y para la industria, que abrió la puerta al poder del dinero en lugar de tener en cuenta los imperativos sociales y que, por último, deja a los países a merced de los especuladores. Hay pensadores que han dado un grito de alerta sobre la posible desvalorización de las identidades culturales, dejando al ser humano en el desamparo. Por otra parte, hay estudios que contradicen esta posición y nos dan una visión positiva y, hasta diría, optimista del futuro de la economía mundial.

Ya en la década del noventa del siglo pasado, al cumplirse unos diez años de la experiencia de esta nueva globalización, las opiniones fueron contradictorias. **Jean Francois Revel** decía que “*el acoplamiento de la democracia y el mercado*” era la “*única llave para salir del comunismo y el subdesarrollo*”, mientras que **Michael Camdessus**, Director Gerente del FMI, alertó sobre los riesgos de la instalación de una “*economía de casino*” a nivel mundial.

Para **Pierre Lelouche**, un politólogo francés, el principal peligro estratégico era el enfrentamiento entre países ricos y países pobres. **Lester Thurow** hablaba del riesgo de guerra económica y **Robert Reich**, de fragmentación social y agotamiento del modelo de integración nacional.

Samuel Hungthinton, en su libro *El choque de las civilizaciones*, afirmó que mientras el siglo XIX fue el de las naciones y el siglo XX el de los Estados, el Siglo XXI será el de las civilizaciones, algunas de las cuales entrarán en conflicto.

Ignacio Ramonet, ex director del diario *Le Monde*, en su libro *Geopolitique du chaos* afirma que la mundialización ha matado el mercado nacional que es uno de los fundamentos del Estado Nación. **Samir Amin** sostiene que el nuevo orden mundial nacido después de la guerra del Golfo es un imperio del caos, de inestabilidad máxima, que puede presentar contradicciones violentas.

No puedo compartir las visiones pesimistas que se alimentan en una tradición malthusiana o milenarista, cuyas profecías catastróficas generalmente no correspondieron a la realidad. Estamos en el umbral de un nuevo estadio

de la civilización, que podemos comparar a lo que sucedió con la creación de la imprenta de letras móviles, con la aparición de la revolución científica y la creación del Estado Nación. El cambio interviene, precisamente, como en los siglos XV y XVI, en tres niveles: el de la comunicación, de la tecnología y el de la política. A esto debemos agregar un cambio en los sistemas de producción con respecto a la revolución industrial que ocurrió a fines del siglo XVIII.

Este proceso ofrece una gran oportunidad, siempre y cuando se acepte la idea de que hay que dar la prioridad al trabajo, al esfuerzo y a la consolidación de una cultura de responsabilidad moral frente a las incertidumbres. El hombre siempre supo adaptarse a los cambios y a las innovaciones y los más decisivos en la historia social fueron sin duda los cambios tecnológicos.

El hombre se equivoca casi siempre cuando cree prever el curso del futuro de la historia. El porvenir está ligado a un desarrollo del conocimiento humano que no puede calcularse de antemano, como bien lo ha señalado **Karl Popper**.

Los efectos del proceso iniciado a fines del siglo pasado son evidentes, pero su evolución es difícil de prever.

Algunos fenómenos son, a mi juicio, claros:

- a. La erosión del Estado-Nación y la pérdida de prestigio de las utopías colectivas ha favorecido la emergencia del individuo; lo público cede su lugar a lo privado. El *leadership* de los Estados pierde terreno frente a las fuerzas de mercado: erráticas, móviles y globalizadas.
- b. Las normas internacionales penetran en los sistemas nacionales (en lo comercial, inversiones, propiedad intelectual) pero, dado que los únicos protagonistas políticos legítimos del sistema internacional son los Estados, los actores reales de los intercambios, que son las empresas, escapan en muchos casos al sistema de normas.
- c. Los gobiernos encuentran dificultades para elegir opciones económicas eficaces, en una situación en la que el espacio económico está cada vez mas desconectado de la política.
- d. No es aventurado afirmar que nos hemos embarcado en una tendencia que puede borrar las fronteras de las economías nacionales, supuesto previo de las teorías económicas desde la época del mercantilismo. **Robert Reich** dice que la *“capacidad para disponer de riqueza material o inmaterial está determinada por el valor que la economía mundial asigna a sus competencias y perspicacia”*. Afirma **Reich** que la economía americana no es más que una región de la economía mundial.

Observamos la presencia de una lenta aunque constante integración de la economía mundial debido a que el crecimiento de estos flujos es superior al aumento de la producción de bienes y servicios. Todos los países industrializados, sin excepción, aumentan sus exportaciones.

El proceso de globalización continuará expandiéndose y beneficiará a una parte creciente de la humanidad a pesar de que ocurrirán crisis transitorias. Frente a las visiones pesimistas, diría que se están abriendo las compuertas de un reservorio ignoto de dinamismo y crecimiento. Una nueva percepción del tiempo y del espacio amplía las fronteras de nuestra acción.

- e. Un mundo abierto a la interdependencia de los factores nacionales, pluricultural y con nuevos paradigmas que se imponen a una parte creciente de la humanidad, facilitará la comprensión y conocimiento de los pueblos entre sí.

Sin embargo, estamos frente a un universo imprevisible, difícil de pronosticar anticipadamente. Quizás las palabras de **Eric Hobsbawn** sean las más sabias para finalizar estas reflexiones:

“...en la mitad del siglo pasado hemos ingresado en una nueva fase de la historia mundial, que ha traído a una historia final, la que hemos conocido en los diez mil años pasados, lo que quiere decir, desde la invención de la agricultura sedentaria. No sabemos hacia dónde vamos...”